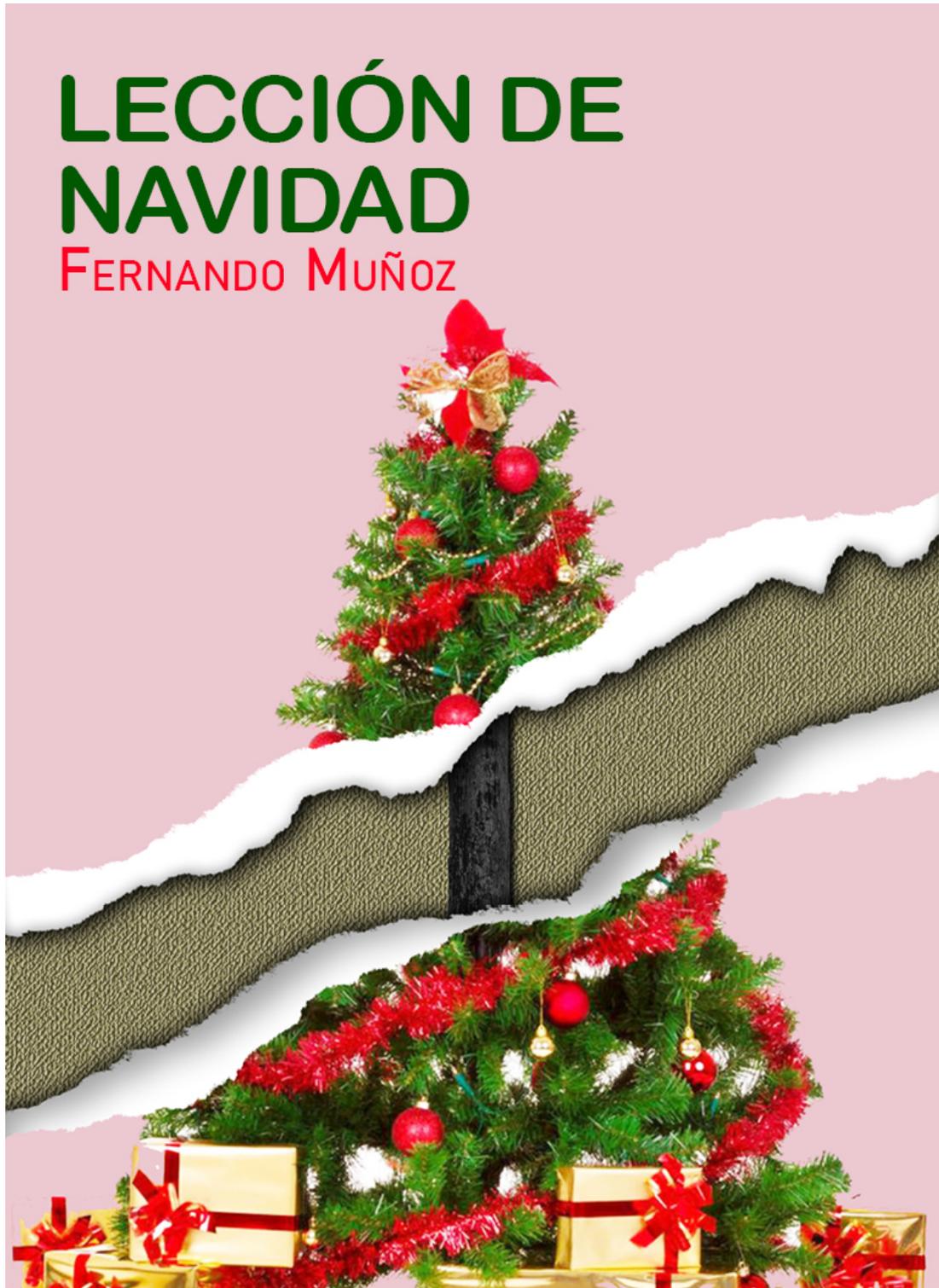


Lección de Navidad

Fernando Muñoz



Capítulo 1

–Te compadezco –le había dicho su socio, Jacobo, al cerrar la puerta del local–. Desde que me divorcié, no imaginas la tranquilidad que me supone saber que no tengo que aguantar a los fantasmas de mis cuñados.

–Pero eso no significa que tengas que pasar la Nochebuena a solas. ¡Ven a mi casa y cena con nosotros! –fue el ofrecimiento de Benicio.

–¡Quita, quita! ¡No es necesario que pasemos los dos por ese calvario!

Rodeado por su amada familia, Benicio recordaba la conversación que había mantenido con su socio esa misma mañana. ¿Cómo podía haber gente que sintiera tal desdén por la Navidad?

Sobre la mesa brillaban los coloridos envoltorios de dulces, se amontonaban las copas de vino y licores y aún esperaba ser recogido algún que otro plato con restos de la deliciosa cena que Benicio había preparado.

A esas alturas de la noche, sus hermanas ya se habían hecho con el sector izquierdo de la mesa, decididas a intercambiar chismes que no compartirían con los hombres. En el lado derecho, Benicio bebía orujo acompañado de sus cuñados. Tras él, sus sobrinos, los pequeños Roberto y Mario, disfrutaban de los regalos traídos por Papá Noel.

–¿Sabes qué, Benicio? –inquirió Conrado, el marido de Paqui, su hermana mayor, y padre de Roberto–. Te has currado una cena estupenda.

–Eres muy amable, querido hermano político.

–Quién lo habría pensado hace quince o dieciséis años, ¿eh?

Benicio miró con curiosidad a su cuñado. Sujetaba una copa de Sol y sombra que amenazaba con manchar su camisa blanca, ya castigada con chorretones de vino. Lucía un gorro de elfo con lucecitas parpadeantes.

–¿A qué te refieres?

–¿No te acuerdas de cuando nos presentó tu hermana? Fue una Nochebuena. Tú eras el típico adolescente anarquista que se pasaba el día refunfuñando cuando llegaban estas fechas. Durante esa cena solo abriste

la boca para decir que las reuniones navideñas eran patrañas forzadas.

Recordó aquella noche. Sus padres no habían logrado convencerle para que se vistiera con un mínimo de elegancia acorde a la ocasión y acabó presentándose ante su futuro cuñado ataviado con la estética antisistema que ostentaba a aquella edad.

-Bueno, ya sabes cómo son los chavales... Pero, ahora que lo dices, quiero aprovechar para pedirte disculpas. Te debí hacer sentir bastante incómodo.

-Decías que es una hipocresía pregonar la bondad solo durante un período del año, que eso significa encubrir la maldad con la que obramos el resto del tiempo -agregó, ignorando sus disculpas.

-De jóvenes todos somos unos idealistas -dio un trago a su orujo-. Demasiado, quizás.

-Que no es tiempo de ser generosos sino de rendirnos al consumismo salvaje.

-Es cierto que son muchos gastos de golpe -reconoció, pensando en su diezmada cuenta bancaria-, eso no te lo voy a negar.

-Que la felicidad que nos venden por televisión es una mentira.

-Pero hay que saber ser feliz con lo que se tiene -resolvió, un poco angustiado por la insistencia de Conrado-. Y reunirnos nos hace felices.

-Benicio... -su cuñado vació de golpe la copa y agarró la botella de coñac-. Vivimos todos en la misma ciudad. Si no quedamos más es porque no queremos. No me jodas con que vernos nos hace felices.

-Pero Conrado, yo soy feliz con esta cena.

-Porque te has convertido en un puto ladrillo -añadió anís a la copa-. Ya no tienes ideales, sino un negocio que has montado asociándote. Te tragas el Espíritu de la Navidad porque prefieres calentarte la cabeza con qué vas a cocinar en lugar de en cómo pagar las facturas.

Benicio se quedó paralizado ante ese directo. Quizá también influyeran los litros de vino y orujo que se adueñaban de su cabeza, carente de un riego ocupado en la digestión del asado.

-Pero escucha, no quiero amargarte la noche. Creo que estoy

algo indispuerto. Y mira: me llama tu hermana. Voy a ver qué quiere.

Arrastró su silla hacia atrás provocando un estridente chirrido y fue a atender las necesidades de su esposa. Benicio se dio cuenta de que su vasito había quedado desolado, de modo que lo rellenó. Cambió el orujo blanco por el de hierbas.

-No tienes la culpa.

-¿Qué?

-Lo que dice Conrado. No tienes la culpa de conformarte con el tema este de la Navidad. Al fin y al cabo, es lo que nos imponen.

Era su cuñado Clemente quien le hablaba. Alto, corpulento y ataviado con una camisa verde que hacía resaltar sus rizos castaños, el marido de su hermana Mercedes se purgaba mañoso los dientes con un palillo de madera.

-Bueno, también es verdad que nosotros la celebramos porque queremos.

-¿Ah sí? Mañana no abrís la tienda porque es Navidad, ¿no?

-Eso es.

-Pero el domingo bien que levantaréis la persiana, porque lo hace El Corte Inglés, cosa que no pasa en agosto. ¿Me equivoco?

Benicio abrió la boca para rebatir. Y se quedó con la boca abierta y callado.

-Por mucho que uno quiera negarla, nuestro calendario está ahí, marcándonos los festivos en base al Niño Dios. Y las corporaciones se encargan de decidir quién celebra y quién pringa.

-Mira lo que te voy a decir, Clemente -empezó a envalentonarse-. Yo tengo un empleado que se llama Roberto. Y este empleado tiene un hijo con una enfermedad muy chunga -golpeó la mesa con el vaso, derramando parte del orujo-. Cada Navidad, mi empleado tiene una paga extra ¡que le viene de puta madre! ¡Porque a ese crío luego le caen los mejores regalos del barrio! Así que me da igual que el calendario lo marque Apple o María Santísima. ¡Gracias a esa paga, el chaval se olvida de su leucemia por unos días! -y bebió sentenciando su dictado.

-Si a mí eso me parece muy bien, Benicio. A lo que voy es a que tus empleados no van a brindar por ti porque les hayas dado una paga

extra de Navidad. El convenio te obliga a dársela y ellos lo saben.

–¡Y yo se la doy porque los quiero! –dijo un puñetazo en la mesa, tan seguro como dudoso de sus propias palabras–. Y no me jodas, Clemente: inosotros nos reunimos porque nos queremos!

–Sí, sí. Mira a tu sobrino Federico. Estaba deseando venir a cenar con nosotros porque quiere mucho a sus tíos, no porque Papá Noel fuera a traerle el mega bazooka Nerf del *Fornite*.

Como para corroborar las palabras de Clemente, el jarrón en el que Benicio había colocado unas vistosas flores fue derribado por un misil de gomaespuma, convirtiéndose en una miríada de cortantes añicos.

–¡Federico, me cago en Dios! –gritó Benicio.

Asustado por la culpa y el enfado de su tío, Federico estalló en llanto. Su primo Mario le siguió.

–Ya está. No pasa nada –dijo Clemente poniéndose en pie para calmar a los chavales y separarlos de los restos del jarrón.

Benicio volvió a centrarse en su vaso, nuevamente seco. Lo rellenó sin saber con qué y otra vez lo vació.

–¿Y tú qué? ¿No dices nada?

Miraba al novio de Bea, su hermana menor. Le sonaba que se llamara Arturo. Su camisa, su corbata y sus pantalones eran negros. También lo era su lisa melena, tras la que ocultaba un rostro que no estaba seguro de haber visto siquiera en algún momento.

–¿Importa algo lo que yo diga?

–¡Di lo que te salga de los huevos! Eso es lo que estamos haciendo, ¿no?

El joven no respondió. Parecía encontrarse en un impertérrito estado de crisálida.

–¡Brinda conmigo!

Colmó la copa de su invitado, sin percatarse de que ya estaba llena. La mezcla de líquidos empantanó el mantel. Benicio chocó la botella contra la copa, derribándola.

–¡Por Roberto! ¡Y por Timoteo, un crío valiente! –y bebió a morro.

-Ese crío va a palmar.

Benicio escupió el limoncello sobre la fuente de polvorones.

-¿Qué coño dices?

-Es el niño del que hablabas, ¿no? ¿El hijo de tu empleado?

-¡El más valiente del mundo!

-Al que están inundando a juguetes para hacer más agradable los pocos días que le quedan. No lo veo mal, la verdad. Ha tenido mala suerte, el pobre. Y sus padres también. Más les vale ser felices de la manera que buenamente puedan.

-Claro que van a ser felices, cenizo de mierda. Y Timoteo será recordado como un luchador.

-No me cabe duda. Pero ser recordado una vez muerto no me parece tan importante como preocuparse por la felicidad en vida. Todos vamos a morir, Benicio, incluido tú. Y no te va a importar una mierda que te recuerden como un botarate o como un triunfador, porque puedes ser un botarate feliz o un triunfador amargado... En cuanto la espiches, dejarás de existir y todo se habrá acabado, para bien o para mal.

-Mira, capullo, ¿sabes lo que te digo?

Pero Arturo se quedó sin saberlo, pues Benicio se desplomó sobre la mesa, embriagado de Navidad y de licores.

A la mañana siguiente, Benicio despertó exactamente en la misma postura en la que había caído fulminado: sentado en la silla, con el torso apoyado en la mesa y su mano izquierda sujetando una botella vacía.

Sus hermanas, cuñados y sobrinos habían abandonado la casa sin despedirse. Benicio dedicó la resacosa mañana a recoger los desperdicios de la cena de Nochebuena, cuestionándose el verdadero sentido de la Navidad y dudando si volvería a recibir a su familia en el futuro.